

DIARIO DE CORDOBA.

DE COMERCIO, INDUSTRIA, ADMINISTRACION, NOTICIAS Y AVISOS.

NUM. 7616

Subscripcion en Córdoba: Por un mes... 5 rs. Por trimestre... 15 rs. Por un año... 50 rs. Fuera de Córdoba: Por un mes... 6 rs. Por trimestre... 18 rs. Por un año... 60 rs.

SABADO 22 DE ENERO DE 1876.

Los señores suscritores a este periódico tienen derecho a insertar gratis en sus columnas un anuncio ó comunicado a la vez, que no exceda de once líneas y que sea de su exclusivo interés.

AÑO XXVII.

DISCURSO

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

En el acto de la apertura del curso académico de 1875 a 1876 por D. Joaquín Alcalá y Molina, Decano en las facultades de sagrada Teología, de Derecho, sección del Civil y Canónico, y de Filosofía y Letras, Decano de esta última facultad y catedrático por oposición de literatura clásica, griega y hebrea, en la Universidad literaria de Sevilla. Académico de número de la Real Academia de Buenas Letras etc., etc.

(CONCLUSION.)

Un siglo más tarde, bajo el régimen monárquico iniciado por César y completado en Augusto, el gran poeta lírico Horacio con la sonrisa en los labios, y con arte seductor desorribra de imitabile manera en sus sátiras el modo de vivir de aquella sociedad culta, elegante, pero distraída y profanamente amoral, presentándole a la vez, si no purísimas y morales enseñanzas, lecciones de su inmenso saber, de su perfecto conocimiento del mundo, y de su dedicado y exquisito gusto artístico y literario. ¿Cómo se parece Roma a la mente del poeta? El mundo civilizado ha caído bajo la dominación romana; desde el Estrecho al Atlántico y desde el Danubio los desiertos de la Libia; su carro de guerra ha recorrido y subyugado a todos los pueblos de la tierra; Roma es la dominadora universal; la señora de las gentes. Pasaron las peligrosas secciones tribunicias, las sangrientas guerras civiles, las horribles proscripturas, las dictaduras perpétuas, las tiranías y las últimas convulsiones de la vida republicana, el Imperio aparece, César Octavio es salado como el bienhechor de la humanidad; el templo de Jano ciérrase por segunda vez, después de Numay y la paz universal surge a las naciones, una especie de recogimiento en que no se percibe más que la impopular, magestad de la ciudad eterna; la libertad desaparece y comienza la tiranía; un solo hombre rige los destinos del mundo; pero ese hombre de un intelecto, aunque de frío corazón, político, sagaz y administrador, es, sobre todo, el tipo acabado de la hipocresía soberbia y callada, representación viva del género romano de entonces; habitará una modesta casa en el monte Palatino, nada modificará la constitución interior del Estado, el sufragio popular elegirá cónsul, general, tribuno, sumo pontífice, censor, príncipe; las dignidades y poderes están en su mano, pero serán debidas a elección; escogerá para compañeros suyos de consulado a los que de-

bian ser sus más insuperables enemigos, el hijo de Cicerón, los Poliones, los Pisonés, los Lépidos, los Lentulos, los nombres más ilustres de la República; su hábil y flexible carácter contribuirá por hacer aceptar a todos una usurpación y un poder que es la verdadera ruina de la libertad; cambiará bien pronto su nombre de Octavio en el de Augusto; el Senado le declarará sobre las leyes y exaltado como un Dios, los poetas cantarán su apoteosis y el mundo admirado verá en él la viva encarnación de la grandeza y divinidad del poder de Roma.

Sabido es, por otra parte, que la religión fue siempre en Roma una fuerza organizada a disposición de los políticos; por eso en esta época, aunque en todo el imperio hay un solo hombre ilustrado que admira y las fábulas del politeísmo, todos reconocen la necesidad de una religión oficial y procuran atajar los pasos del escepticismo y los progresos de las creencias, supersticiones y ceremonias monstruosas de los cultos asiáticos; Augusto querrá restituir el culto nacional, reedificar los templos destruidos y levantará otros nuevos; afectará gran celo en el cumplimiento de las prácticas religiosas, hará que los poetas canten a los antiguos Dioses del Lazio y celebren las fiestas instituidas en su honor, ensayará dar vida y movimiento a esas frías abstracciones y groseras alegorías que padecen ante las espléndidas divinidades de Grecia y del Oriente, pero no logrará galvanizar siquiera el cadáver del politeísmo romano; habrá supersticiones en el pueblo, hipocresía en las clases elevadas, pero la fe y las creencias habrán muerto para siempre.

El mismo sendero siguen las costumbres; los desórdenes indicados en la época de Lucilio hanse agravado, extendiéndose y siendo tolerados a momentos por todos; la familia, base de toda sociedad bien organizada, puede decirse que ya no existe; la facilidad del divorcio y el adulterio admitido sin escándalo, han mofado sus fundamentos; el lujo de las mujeres arroja a los hombres al celibato, de tal manera que ni las amenazas de las leyes, ni las ofrecidas recompensas pecuniarias y honoríficas les llevan al matrimonio; aunque sea un matrimonio tan vecino al divorcio. La supresión de la vida pública y su consecuencia, la ociosidad, acaban de desmoralizar a los romanos que se entregan con una especie de furor a todas las locuras de los juegos matinales y de la disolución; las gentes ricas pasan el tiempo entre los juegos del Circo y del Teatro, los viajes de placer ó la sibarítica estancia en las

espléndidas villas de la Campania, mientras el pueblo, sucio, harapiento y bullicioso, vive del Estado ó del César, pasa su vida en la holganza y asiste indolente a las representaciones escénicas, é impasible a las matanzas del anfiteatro. Comprénlese fácilmente con que sarcástica ironía declama Augusto en cierta ocasión delante de ese pueblo miserable este magistoso verso de Virgilio:

«Romanus rerum dominus gentemque togatam.»
En medio de esta corrupción social la lengua y las letras latinas llegan, sin embargo, a su mayor apogeo y esplendor; Augusto y su ministro Mecenas las protegen y colman de favores y beneficios y honran con su cariñosa amistad a los escritores y poetas; organizanse bibliotecas, se establecen lecturas públicas y se señalan premios a los vencedores en los certámenes literarios; pero es por que las letras y sobre todo la poesía, puesta a devoción del imperio, le servirán de medio de gobierno y de poderosísima influencia para sostener su poder y glorificación.

Tales, señores, la imagen ligeramente bosquejada del mundo romano en la época en que vive Horacio; y este gran poeta, maestro perfecto en el arte difícil de hacer fáciles versos, logra reflejarla en sus sátiras con toda verdad; sin que sus censuras encuentren resistencias sociales ni prohibiciones políticas. Decribiendo mas bien que satirizando, punza sin herir, encubre las alusiones en los tipos que crea, de la más bio precepto

«Partere personis dicere de vitiis,» y se coloca él como objeto de sus burlas, cuando estas pueden parecer algo intencionadas. Filósofo discretamente epicúreo, forma una moral no pura, sino enemiga de los excesos, excitando siempre a la moderación y a la tolerancia; reprueba la omnipotencia concedida a la riqueza, aún para los gozes morales.

«Vilius argentum est, aut virtutibus animum.»
«O cives, cives, querenda pecunia primum est. Virtus post nummos.»
«Clausus erit, justus, fortis, sapiens et rex. Et quidquid volet, Aristoteles ea, sanctorum Et genus, et virtus, nisi cum ea alga est.»
Cortesano reconocido, pero independiente, asociado a Augusto en sus proyectos de reformas de costumbres, pero sin apartarse un momento de la delicadeza en la advertencia y de la dureza en la represión, que solo se adquieren en los centros de elegante y respetuosa sociedad. Hombre de mundo y de experiencia, toca los resortes más ocultos del corazón humano y, mostrando con la sonrisa en los labios sus debilidades y preocupaciones, sabe sacar más fruto del oportuno chiste ó de la fina ironía, que del or-

gulloso desprecio ó del sarcasmo cruel. P. eta. en fin, de poderoso genio y de inmensa ilustración, seduce y arrastra en sus admirables descripciones, en sus oportunos toques y en la Artística expresión de sus pensamientos. Por eso la sátira horaciana ha venido a servir, no solo de recreativa enseñanza del estado social de la Roma de Augusto, sino de modelo acabado del genio satírico en toda época de costumbres cultas y refinadas.

«Cuán diferente carácter reviste la sátira bajo los sucesores de Augusto! La severidad en la crítica, la crudeza en la pintura y los violentos rasgos de Juvena, reemplazan a la gracia, la urbanidad y la mesura de Horacio; pero Horacio no conoció a Seyano, Oni a Mesalina, ni a Domiciano; las discusiones saturnales de los Césares y la bajeza del pueblo romano necesitan en este período otros colores, otro estilo y hasta otra lengua. La corrupción es tan grande y tan monstruosa; el despotismo, que es difícil resistir al deseo de castigarlos: «Difficile est satiram non scribere,» y aunque falte genio, dice el poeta, de la indignación brotan versos satíricos: «Satura peget, facit indignatio versum.»

Eclipsada por completo la libertad, rebajados a la vileza los caracteres, convertidos el espionaje y la delación en cargos retribuidos, los recelos de la tiranía son tan suspicaces, que se ignora si será permitido ocuparse siquiera de los impertos, autem et obest Quorum Flaminia tegitur cinis atque Latina.»

Y, sin embargo, apesar de estos peligros es tan inmediata la relación de la poesía satírica con la época en que se escribe que las sátiras de Juvena son la fuente histórica mas rica y exacta para estudiar las costumbres y la vida de la sociedad romana desde Tiberio hasta Adriano. Roma aparece en ellas viva, palpitante; en verdadero panorama el poeta ya ofreciendo a nuestra vista las sombrías figuras de los Césares, los degenerados patriotas, los libertos ensoberbecidos con sus mal adquiridas riquezas, los peligrosos extranjeros y los afeminados griegos entregados a toda suerte de pequeñas é ilícitas industrias, las inconcebibles supersticiones de las religiones orientales, la ambición é impúdica miseria de los pobres, la infame familia de una clase, la hipocresía de otras, el lujo y la corrupción, en fin, con sus crímenes y flaquezas, llevando a aquellos romanos que habían avasallado el mundo, a un estado de humillación é impotencia, que no aciertan a conservar siquiera la dignidad de hombres.

La misma literatura, entregada a las vulgaridades de la ignorancia y a los violentos disarquetos de los retóricos, puede decirse que muere y desaparece, siendo el último gran poeta de Roma un poeta satírico, el severo Juvena. El mundo antiguo romano no tiene ya genio sino para condenarse; las sociedades, como los individuos corrompidos, no encuentran en el día de la caída sino el remordimiento y hasta el desprecio de sí mismos. Mas, bien pronto una nueva luz iluminará aquella sociedad en el abismo caída, y el Cristianismo con su sávia vivificadora reanimará aquel coloso desfallecido, sacando de él a la vida de la verdad y del bien nuevos y vigorosos pueblos, extendiendo por el universo su fecunda y salvadora civilización.

Ved, pues, señores, como la crítica literaria de nuestros días, aplicando al estudio de las letras clásicas griegas y latinas su método filosófico-histórico, no fijándose solo en la forma exterior de las producciones, sino apreciando los cambios, en los modos artísticos en relación con las modificaciones en la manera de ser de aquellas sociedades, ha dado a estos estudios nuevos y universal interés, abriendo a sus cultivadores luminosos y más amplios horizontes. Así la literatura griega aparece en admirable conjunto original y ordenada, respondiendo cada género y cada forma a una necesidad de la vida social ó a un matiz del pensamiento ó de los afectos del alma, compenetrándose mutuamente las letras y la historia, de ese pueblo extraordinario; y si en el Arte Latino no ha podido hallar la Crítica esta armonía entre la vida del pueblo romano y su literatura, por ser ésta de carácter imitador y en cierto modo una literatura sobrepuesta, todavía ha encontrado en la sátira y más propiamente en la sátira un género nacional que, advirtiendo con dureza en Lucilio, ridiculizando con el chiste en Horacio y castigando con la indignación y el sarcasmo en Juvena, refleja fielmente aquella civilización romana que amasada con la sangre de tantos pueblos, ilustrada por las artes griegas, corrompida por su misma grandeza, humillada por la tiranía y envilecida por la corrupción, ve salir, sin embargo, de su seno la doctrina de toda verdad y la luz de infinita belleza que ha de redimir a los pueblos y ha de crear más variadas, ricas y brillantes literaturas.

He concluido, Ilmo. Señor: permítidme, sin embargo, que antes de bajar de esta cátedra, cumpla un grato deber de compañerismo, saludando cariñosamente a los nuevos adalides de la enseñanza médica que vienen

624 —
Precisamente.
Y que cogiéndole por los pies
capite al mar.
Eso es. Con la niebla un accidente de ese género puede suceder bien, —dijo Baul con su sonrisa.
Ciertamente puede suceder, —dijo Rodokani;— pero es fuerza prevenir.
Veamos vuestros temores.
Sir Arquibaldo acaso será buenador y se salvará a nado.
Es posible.
Entonces vuestro plan es malo, lo que queréis separaros de mí siempre.
Bahl, —dijo Mr. Baul, —cuando salir del baño, nos tres estamos mojados y no le volveremos a ver.
Mejor es, —dijo fríamente Rodokani, —aguardar a que pasemos al estrecho, y entonces a diez ó seis leguas de tierra, sir Arquibaldo que sepa nadar.
¿Pero cómo se salvará?
—Yo no digo...
—¡Doscientos mil francos es una buena suma!

625 —
jo Mr. Baul, —y desde luego me adheriré a vuestra opinión; no siento ras que esta bruma tentadora.
—Bahl, también la habrá a las tres de la mañana, —dijo Rodokani.
—Entonces negocio concluido, ¿no es verdad?
—¡Oh! un momento, —dijo Rodokani, —vais demasiado de prisa, mi querido patron.
—¿Cómo?
—Yo os he escuchado y me deciais: «Supongamos...»
—Y bien...
—De la suposición al hecho hay gran distancia; me proponia que sir Arquibaldo cayera al mar en el estrecho... y yo os he dicho que sería mejor lejos de la costa.
—Y he sido de vuestra opinión.
—Sí, pero eso no quiere decir que la cosa estuviera convenida.
—¡Rehusaríais ahora?
—Yo no digo...
—¡Doscientos mil francos es una buena suma!

626 —
XXXIII.
Sir Arquibaldo se presentaba con aquel rostro impasible, aquella expresión flemática propia de los ingleses que viajan por distraer su espíritu.
Había estereotipado sobre sus labios esa sonrisa sin expresión que caracteriza a los naturales del otro lado del estrecho.
Rodokani se preguntó si era la casualidad la que traía a su lado en aquel momento a sir Arquibaldo.
Pero en breve cambió de opinión porque sir Arquibaldo le preguntó también:

627 —
—Yo os creía mas sagaz.
—¿Cómo?
—Ya comprendéis que si os ofreciera doscientos mil francos... repulso con tono paternal.
—Es para que os libre de sir Arquibaldo, ¿no es verdad?
Y Rodokani tuvo a su vez una sonrisa que probaba a Mr. Baul que no carecía de sagacidad.
—Naturalmente, —dijo el último.
—Pues bien, —añadió Rodokani con calma, —veamos la segunda combinación.

628 —
XXXII.
Mr. Baul era hombre práctico y sabía colocarse a la altura de todas las inteligencias, explicándose por

